



Detalles sobre la publicación, incluyendo instrucciones para autores e información para los usuarios en: <http://espacialidades.cua.uam.mx>

Rosa María Mirón Lince

José Woldenberg, *Historia mínima de la transición democrática en México*.

p. 184 - 190

Fecha de publicación en línea: 10 de febrero del 2013

Para ligar este artículo: <http://espacialidades.cua.uam.mx>

© Rosa María Mirón Lince (2013). Publicado en espacialidades. Todos los derechos reservados. Permisos y comentarios, por favor escribir al correo electrónico: revista.espacialidades@correo.cua.uam.mx

Espacialidades, Revista de temas contemporáneos sobre lugares, política y cultura. Volumen 3, No.1, enero-junio de 2013, es una publicación semestral de la Universidad Autónoma Metropolitana, a través de la Unidad Cuajimalpa, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Ciencias Sociales. Prolongación Canal de Miramontes 3855, Col. Ex-Hacienda San Juan de Dios, Delegación Tlalpan, C.P. 14387, México, D.F. y Baja California 200, Col. Roma Sur, Delegación Cuauhtémoc, México, D.F., C.P. 06760. Página electrónica de la revista: <http://espacialidades.cua.uam.mx/> y dirección electrónica: revista.espacialidades@correo.cua.uam.mx. Editora responsable: Esperanza Palma. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo del Título número 04-2011-061610480800-203, ISSN: 2007-560X, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: Guillén Hiram Torres Sepúlveda, Calle K, MNZ. V núm. 15, Colonia Educación, Delegación Coyoacán, C.P. 04400, México, D.F.; fecha de última modificación: 1 de mayo de 2013. Tamaño de archivo 0.5 MB.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del comité editorial.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa.

Directorio

RECTOR GENERAL: Dr. Enrique Fernández Fassnacht

SECRETARIA GENERAL: Mtra. Iris Santacruz Fabila

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa

RECTOR: Dr. Arturo Rojo Domínguez

SECRETARIO DE UNIDAD: Mtro. Gerardo Quiroz Vieyra

División de Ciencias Sociales y Humanidades

DIRECTOR: Dr. Mario Casanueva López

JEFE DE DEPARTAMENTO: Dr. Alejandro Mercado Celis

Revista Espacialidades

DIRECTORA: Dra. Esperanza Palma Cabrera

ASISTENTE EDITORIAL: Mtra. Pilar Velázquez Lacoste

ADMINISTRACIÓN DEL SITIO WEB: Guillén Torres

EDICIÓN TEXTUAL Y CORRECCIÓN DE ESTILO: Hugo Espinoza Rubio

DISEÑO GRÁFICO: Jimena de Gortari Ludlow

FOTOGRAFÍA DE LA PORTADA: Alejandro Mercado Celis

COMITÉ EDITORIAL: Dr. Jorge Galindo (UAM-C), Dr. Enrique Gallegos, (UAM-C), Dra. María Moreno (UAM-C), Dr. Alejandro Araujo (UAM-C), Dr. José Luis Sampedro (UAM-C), Dr. Enrique R. Silva (Universidad de Boston), Claudia Cavallin, (Universidad Simón Bolívar, Venezuela), Dra. Estela Serret Bravo (UAM-A), Dr. Víctor Alarcón (UAM-I).

COMITÉ CIENTÍFICO: Dr. Tito Alegría (Colegio de la Frontera Norte), Dra. Miriam Alfie (Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa), Dr. Mario Casanueva (Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa), Dra. Claudia Cavallin (Universidad Simón Bolívar, Venezuela), Dr. Humberto Cavallin (Universidad de Puerto Rico), Dra. Flavia Freidenberg (Universidad de Salamanca, España), Dra. Clara Irazábal (Columbia University, Estados Unidos), Dr. Jorge Lanzaro (Universidad de la República, Uruguay), Dr. Jacques Lévy (École Polytechnique Fédérale de Lausanne, Francia), Scott Mainwaring (University of Notre Dame, Estados Unidos), Miguel Marinas Herrera (Universidad Complutense, España), Edward Soja (University of California, Estados Unidos), Michael Storper (London School of Economics, Reino Unido).

José Woldenberg, *Historia mínima de la transición democrática en México*. México: El Colegio de México, 2012, 150 pp. ISBN: 9786074623789

Para Camilo José Cela había dos clases de hombres: quienes hacen la historia y quienes la

padecen. Podemos decir que también hay quienes conocen la historia y quienes la pade-

cen. Quienes la conocen, ubican y aprovechan sus enseñanzas. Quienes la ignoran, están condenados a repetirla o, peor aún, a vivir un presente que no comprenden y carecer de los medios necesarios para construir un futuro mejor.

Rescato de este libro la siguiente cita: “Mayorías y minorías constituyen el todo nacional, y el respeto entre ellas, su convivencia pacífica dentro de la ley, es base firme del desarrollo, del imperio de las libertades y de la posibilidad de progreso social [...]. Cuando no se tolera, se incita a no ser tolerado y se abona el campo a la fratricida intolerancia absoluta, de todos contra todos. La intolerancia sería el camino seguro para volver al México bronco y violento”. Esto es parte del legendario discurso con el que, en 1977, Jesús Reyes Heróles, entonces secretario de Gobernación, anunció la reforma política lópezportillista con la cual, según José Woldenberg, inicia la transición democrática en nuestro país.

La vigencia de las palabras de Reyes Heróles me parece impresionante si pensamos en las reacciones poselectorales de los perdedores de los comicios recientes que, a final de cuentas, y según los votos, son una minoría. Conocer la historia, entonces, es mucho más que un acto de erudición o un propósito intelectual. No comprendemos nuestro presente sin los acontecimientos que nos trajeron a éste, ni podemos transformar nuestra realidad sin la memoria de los aciertos, errores y aprendizajes que hemos vivido como nación.

Este libro es, precisamente, un esfuerzo por poner el conocimiento de nuestra historia reciente al alcance de la mayoría de las personas. Esta *Historia mínima de la transición democrática en México* es un relato que, en menos de ciento cincuenta páginas recoge dos décadas de acontecimientos, debates, proyectos, experiencias y resultados. Es un texto de inevitable lectura. De entrada (entre otras muchas razones) porque combina lo que con rara frecuencia se da en los trabajos académicos: el rigor del investigador y la percepción del actor. Woldenberg logra ambos cometidos destacadamente.

De alguna manera, es un libro escrito en primera persona. Aunque cabe destacar que el autor sólo se cita una vez (al final del trabajo). Pero en lo que a estilo se refiere, habla muy bien el hecho de que este texto tiene sólo veintidós notas a pie de página. La historia la escribe quien la vivió.

Este trabajo se centra en veinte años, durante los cuales nuestro país se transformó drásticamente, a tal punto, señala Woldenberg, que fue en ese lapso cuando inició y concluyó la transición democrática de México.

Pero es justo recordar que México no es una isla, y esas transformaciones fueron parte de un periodo de intensos cambios vividos en todo el mundo. El siglo xx comenzó con una gran confianza en los alcances de la razón humana y concluyó con un enorme escepticismo. Fue un siglo marcado, en sus inicios, por las guerras civiles que en países como España,

Rusia y, por supuesto, México, intentaron destruir el pasado para erigir, sobre sus ruinas, mundos nuevos para hombres nuevos.

Fue también un siglo de caudillos, de hombres que en su tiempo fueron singulares, dotados de una percepción, una sensibilidad y una inteligencia más vasta y profunda que la de cualquier otro ser humano. Con los caudillos vinieron los regímenes totalitarios y autoritarios, en los que el dolor del presente se consideraba sacrificio necesario para crear un mejor mañana.

Pero el siglo XX concluyó sin que ese mañana llegara y las poblaciones se cansaron de servir en y a los regímenes donde era evidente un reparto desigual de sacrificios y recompensas, de libertades y responsabilidades.

José Woldenberg retrata, breve y acertadamente, lo que vivió México desde finales de los setenta y lo hace, además, con las palabras de sus protagonistas. En 1977, Jesús Reyes Heróles anunció el inicio de la reforma política ya aludida, y atajó así a quienes proponían responder con dureza a los reclamos de mayores libertades. Woldenberg sostiene que “gracias a aquellas reformas, que vistas en retrospectiva pueden parecer mínimas, se desató una auténtica espiral de transformaciones”.

Con pinceladas de la historia, por medio de pasajes, el libro reseña los hechos y actores, y nos permite comprender mejor nuestro pasado reciente: así, Woldenberg refiere una reforma electoral tras otra; la articulación de las oposiciones, en particular la de izquierda, los

conflictos poselectorales, los triunfos reconocidos de la oposición y, finalmente, la alternancia.

Treinta años atrás, la idea de tener comicios basados en una competencia abierta y equitativa de los partidos, con medios de comunicación y autoridades electorales independientes, se consideraba ajena a los ideales de una revolución que caminaba al paso que marcaba el presidente en turno.

Aún hay quien recuerda que en aquel tiempo ser democrático era ser disciplinado; ser patriota era ser obediente y ser profesional equivalía a serle fiel al superior jerárquico, al Partido (con mayúscula) y al presidente de la república.

El autor advierte que esas ideas y protocolos nos parecerían una broma o una farsa hoy en día. Pero la realidad superaba a cualquier ficción y aquél no era, en efecto, un régimen en el que la equidad, la justicia o la razón valieran más que la obediencia.

A pesar de todo, tampoco era un régimen en el que faltara la sensatez, o en el que se ignoraran las lecciones de la historia. El de Porfirio Díaz cayó cuando el presidente se resistió a permitir que las reglas se suavizaran, que la sociedad contara con algunos medios de expresión y la política tuviera válvulas de escape. El régimen mexicano comprendió la necesidad de una transformación y permitió que ocurriera, pero en la medida de lo posible trató de controlarla, vigilar sus cauces e intentó, a veces, contenerla.

Diez años después del comienzo de la transición, México contaba ya con una integración política plural, aunque aún no había una competencia electoral equitativa y los comicios no eran el medio por el cual se elegía a los gobernantes (al menos en los niveles estatal y federal).

El retrato de aquel país, veinte años atrás, es el de un régimen en el que el candidato oficial acude a las campañas apoyado por los recursos humanos y materiales de los poderes públicos, los medios de comunicación dan seguimiento a ese personaje casi exclusivamente y la posibilidad de que un partido de oposición obtenga una gubernatura y, más aún, que le sea reconocida, es prácticamente nula.

Después de iniciada la transición, aún había quienes, a toda costa, buscaban la unanimidad como única forma válida de expresión política. Así, la reforma siguiente, la de 1986, “se trató de una operación ambigua. Algunos pasos hacia adelante en materia de representación, pero un fundamental retroceso en relación con la autoridad encargada de la organización de las elecciones. Una especie de empate de fuerzas entre quienes clamaban por cambios sustantivos y quienes temían precisamente esos cambios”.

Pero el cambio político ocurrió en los ciudadanos antes que en las leyes. Si la de 1986 fue una ley regresiva en varios aspectos, la sociedad mexicana, estimulada por experiencias como la solidaridad mostrada tras los sismos de 1985, además del lento pero soste-

nido avance de la oposición en las entidades federativas, se expresó sorpresiva y copiosamente en los comicios de 1988.

Las dudas sobre la veracidad de los resultados persisten hasta nuestros días. Además de ser muy cuestionado, el presidente de la república asumió el poder con una Cámara de Diputados dividida, en la que por vez primera su partido no podía por sí solo realizar cambios a la constitución.

Ése fue un golpe letal para la virtual omnipotencia que gozaba el jefe del Ejecutivo, pero no fue el único; pues la legitimidad política no provenía de una supuesta herencia revolucionaria, sino de algo más próximo y latente: el voto ciudadano. Así lo entendió, una vez más, el régimen y tuvo la lucidez para aceptar e impulsar los cambios necesarios. Durante la presidencia de Carlos Salinas de Gortari hubo tres reformas electorales que intentaban dar certeza y cauces legales a las nuevas y múltiples expresiones políticas. Se avanzó sustantivamente en la construcción de un entramado institucional que posibilitara la realización de procesos electorales aceptables, pero con claros límites. Se reconoció al PAN como interlocutor y necesario respaldo al proyecto salinista, pero se marginó al PRD.

Paulatinamente, los ciudadanos descontentos dejaron de ser resentidos, incapaces o antinacionalistas, para convertirse en ciudadanos que expresaban necesidades, reclamaban ante los abusos de las autoridades y exigían un cambio. En ese “nuevo” México, el levanta-

miento zapatista del 1º de enero de 1994 surgió como el más exitoso de los muchos movimientos y organizaciones que vieron la luz durante el salinismo.

Ernesto Zedillo consiguió recuperar la legitimidad democrática al ganar en una elección que no fue discutida, aunque sí criticada. De ahí derivó la reforma de 1996, que no consiguió ser definitiva como aspiraba el presidente, pero sí profunda y decisiva. En ésta prácticamente se configuró nuestro actual sistema de instituciones democráticas, comenzando por la creación de una autoridad electoral autónoma, culminando con la adopción de numerosas medidas de seguridad, transparencia y auditoría en materia electoral. Para el autor de esta *Historia mínima de la transición democrática en México* ése fue el momento culminante de la transición.

La alternancia en el poder, que finalmente ocurrió en el 2000, habría sido imposible sin el conjunto de reglas que permitieron competencias electorales equitativas y confiables. No carece de razón. Una democracia electoral es aquélla en la que los ciudadanos, a través de su voto, deciden quiénes los representarán en los órganos legislativos y quiénes tomarán las decisiones en los órganos de gobierno.

Elecciones así serían imposibles sin la existencia de garantías para la expresión, la asociación política y la participación libre de los ciudadanos. El voto no sólo es expresión de la voluntad ciudadana, sino también del entramado institucional que lo posibilita.

Para que la decisión ciudadana dependa de los votos y no de oscuros acuerdos tomados a la sombra del poder, es indispensable que exista un sistema electoral confiable, en el que nadie, así sea el presidente de la república, el presidente del IFE, o alguna otra autoridad, pueda alterar los resultados.

Y hoy eso es un hecho, porque el control de las elecciones no está centralizado, sino disperso a través de los consejos distritales y mesas directivas de casilla, todos vigilados por los representantes de los partidos políticos y abiertos al escrutinio ciudadano.

Hacia el final de este trabajo, Woldenberg insiste en este asunto y sostiene que no hay posibilidades de truco ni secreto, pues los resultados de cada casilla están en manos, literalmente, de los representantes de los partidos políticos, a la vista de cualquier persona que los quiera consultar en Internet.

Las características de seguridad y certeza que tiene el sistema son conocidas por todos los partidos políticos, pero, desafortunadamente, en algo que se calificaría de deslealtad institucional, ni los partidos ni sus candidatos admiten la participación que tienen en su puesta en marcha, ni contribuyen a la difusión de sus características. Por el contrario, prefieren señalar al sistema electoral mexicano como uno marcado por la desconfianza.

Es esta desconfianza la que hace que nuestras elecciones sean tan complejas y para algunos tan caras; pero no veo en los partidos, protagonistas de esta historia, disposición por

cambiar la situación. La desconfianza es un elemento que no logramos superar durante los años de la transición y que continúa afectando la vida política de México.

Como país, conseguimos establecer la regla de la mayoría para decidir quiénes nos gobernarán y representarán, pero aún no logramos asimilar la incertidumbre en los resultados como otra regla esencial de la democracia.

Aún tenemos campañas en las que todos los competidores, sin excepción, recurren a conductas irregulares o francamente ilegales para tratar de poner el resultado a su favor. Y ello es así porque entre nosotros todavía hay personas que no aceptan la derrota legal y legítima de su candidato.

Aún hay incertidumbre y desconfianza en los adversarios políticos. Se teme que si gana una opción partidista distinta a la que cada uno de nosotros prefiere, el destino del país será incierto. Falta aprender a confiar más en que las instituciones marcharán bien, independientemente de quién las encabece. Falta aprender que el error humano puede ser corregido o evitado a través de la aplicación de reglas, procedimientos y mecanismos institucionales de racionalidad, certeza y auditoría.

Es indispensable que todos los ciudadanos conozcan sus instituciones, sepan cómo funcionan y qué esperarían y exigirían de éstas. Es necesario, también, reconocer que nuestro país no es el de treinta o veinte años atrás.

Reconocer los avances resultantes del cambio político en México no significa renunciar a los principios e ideales: significa tener claridad de lo que se ha conseguido para entender lo que aún falta por hacer y cómo conseguirlo.

Hay, sin duda, todavía mucho por hacer. En el conocimiento de nuestro pasado, en la comprensión de nuestro presente y en la claridad sobre lo que deseamos para el futuro están las claves para superar los desafíos que tenemos como país.

El libro *Historia mínima de la transición democrática en México* es un esfuerzo que nos da claridad para entender nuestra historia reciente; sólo así pensaremos óptimamente en un mejor futuro.

La *Historia mínima de la transición democrática en México* es una obra de consulta sencilla, a la que podemos recurrir para documentar información indispensable en el estudio de la materia electoral. En sus páginas no sólo se hallarán datos históricos y estadísticas, sino también una herramienta para comprender mejor los procesos de cambio político en nuestro país.

José Woldenberg sintetiza con acierto un proceso de transformación que llevó veinte años. Para conseguirlo, aprovechó sin duda la visión de primera mano que tuvo al ser protagonista de acontecimientos decisivos. Desde las organizaciones ciudadanas, perímetro, desde los partidos políticos más tarde, y desde el Consejo General del IFE, el autor fue protagonista y testigo privilegiado de la historia que

relata. Narrado con un lenguaje desenfadado, por momentos coloquial, con el que el Woldenberg nos transporta y nos transforma de lectores en oyentes de una historia con nombres propios, que a los mayores nos resultan cercanos, y a los jóvenes por lo menos conocidos. Es una historia contada por quien la vivió, protagonizó en diversos momentos y desde distintas posiciones, pero siempre ubicado en la congruencia, siempre desde el ángulo izquierdo del escenario, desde el flanco del respeto institucional; siempre con una convicción constructora y con un compromiso indudable con su país.

Concluyo con otra frase de Camilo José Cela: “La más noble función de un escritor es dar testimonio, como acta notarial y como fiel cronista, del tiempo que le ha tocado vivir”. Me parece que en este libro, igual que en sus publicaciones anteriores, José Woldenberg cumple sobradamente con esa noble función.

Rosa María Mirón Lince
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales,
UNAM
c.e. <rosamariamiron@prodigy.net.mx>